

EL GENIO



EL GENIO

DIETER EISFELD

TRADUCCIÓN DE PILAR GIRALT GORINA



VOLCANO

Título original: «DAS GENIE»

Publicado originalmente en 1986, en Zurich, por Diogenes Verlag AG.

Primera edición en VOLCANO Libros: febrero 2018

Copyright © Dieter Eisfeld, 1986.

© de la traducción: herederos de Pilar Giralte Gorina, 1987

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

VOLCANO Libros

C/ Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España)

www.volcanolibros.com

Diseño de colección: Javier García

Diseño gráfico: Mikel Escalera

Maquetación: Sandra Rodríguez

IBIC: FA

ISBN: 978-84-947471-3-7

Depósito Legal: M-34975-2017

Impreso en Kadmos. Compañía, 5, 37002 Salamanca (España)

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 11,5.

ÍNDICE

Nota del editor	9
Advertencia	11
1. La familia Zabor	13
2. La guerra y la escuela	25
3. La carrera	37
4. Primera actividad profesional	51
5. Planes y proyectos	63
6. El Globe de Munich	77
7. La experiencia de la ventana	89
8. Problemas particulares y la meteorología	95
9. Trabajo y fracasos	103
10. La máquina meteorológica	115
11. Los experimentos de Munich	129
12. Agosto en noviembre	139
13. El tiempo como mercancía	145
14. La ley meteorológica del Bundestag	159
15. El triunfo de la técnica	175
16. La destrucción de la Europa Central	185
Contemporáneos sobre Zabor	199

Entre la Naturaleza y yo
se desarrolla una gran batalla
porque debo mejorar la Naturaleza.

SALVADOR DALÍ

NOTA DEL EDITOR

Esta novela, querido lector, se publicó por primera vez en Alemania, en 1986, con el título de *Das Genie*, y al año siguiente fue publicada en España por la editorial Seix Barral. Una novela que yo no conocía hasta que muchos años después leí *La tierra herida* (Destino, 2005), el libro que recrea la conversación sobre el futuro de la Tierra entre «un estudioso de la Naturaleza» —Miguel Delibes de Castro— «y un ciudadano, como soy yo —decía su padre, el escritor—, ignorante pero preocupado». En una de sus respuestas en relación con el cambio de las temperaturas, el biólogo Miguel Delibes mencionaba haber leído hace años, «cuando el cambio climático tan solo comenzaba a ser un tema de conversación, una novela que me llamó mucho la atención y tenía que ver con esto. La buscaré en casa, pero recuerdo que se titulaba *El genio* y es de un alemán, Dieter Eisfeld».

Por esa misma razón también yo la busqué, la leí y pensé que, aunque hubieran pasado más de treinta años, podría ser todavía de interés para una nueva generación de lectores preocupados por el clima y el futuro de nuestro planeta. Ahora la pongo de nuevo en sus manos —como plata recién bruñida— con la esperanza de que su lectura sea un granito de arena que contribuya a cuidar y respetar nuestra casa común.

JAVIER GARCÍA, diciembre de 2017

ADVERTENCIA

YAN ZABOR SE DISTINGUE DE OTROS grandes naturalistas del siglo XX en que su obra quedó destruida en el mismo momento en que se hizo visible para todos. De Albert Einstein perduraron para la Humanidad fórmulas y teorías físicas con las cuales sus sucesores han podido trabajar hasta la época actual. La fisión nuclear del átomo, conseguida por Otto Hahn en colaboración con otros, se ha convertido entretanto en la base de una floreciente industria armamentística. Los inventores de los rayos láser o de la televisión, de los cohetes lunares y de la influencia genética legaron técnicas descritas con exactitud para su aprovechamiento ulterior. En cambio, de Zabor solo quedó la experiencia de que su grandioso método para la «manipulación discrecional del tiempo» funcionaba, cualquiera que fuese su fórmula física. El hecho de que se autodestruyera en el mismo instante, convierte a Zabor en el paradigma de todos los genios naturalistas de nuestra época. Su experimento ya ha dejado atrás el destino que probablemente aún espera a los experimentos atómicos, biológicos, químicos y similares, a saber: el de destruirse a sí mismo, arrastrando consigo a la Humanidad.

D. E.

Siracusa, abril de 1996

LA FAMILIA ZABOR

YAN ZABOR NACIÓ EL 26 de abril de 1934 cerca de los cuarteles de la ciudad portuaria de Emden, al noroeste de Alemania. La ciudad no había producido antes que él a ningún hombre de su genialidad, exceptuando tal vez a Menno Simons, fundador en 1543 de la comunidad mennonita, que se extendería hasta Rusia y los Estados Unidos y protegería en Holanda al gran filósofo Baruch Spinoza. Aunque nacido en la Frisia oriental, no sería exacto llamar frisón oriental a Zabor. Por una parte, su familia tuvo que abandonar Emden a causa de la guerra en 1941, cuando Zabor acababa de cumplir siete años. Más adelante volvería algunas veces a su ciudad natal, pero sus estancias serían solo de unas pocas horas. Por otra parte, sus padres y los antepasados de estos procedían de Austria y de la provincia fronteriza de Brandeburgo. En realidad, Zabor era más vienés, como su madre, y más berlinés, como su padre, que frisón oriental. Su vida posterior fue en cierto modo producto de la herencia de estas dos metrópolis, a las que en el fondo se sentía vinculado.

A pesar de ello, no dejó en toda su vida de considerarse unido a su ciudad natal, de una forma abstracta, por así decirlo. Conservaba de ella una imagen clara, alimentada por muy pocos recuerdos de la infancia, y en parte irreal, aunque al mismo

tiempo extraordinariamente viva. Coleccionaba toda la literatura disponible sobre su ciudad y se enfrascaba en la contemplación de ilustraciones, «como si pudiera volver a encontrarse en ellas». En su imaginación se formó al cabo de un tiempo una ciudad que no existía pero que contenía todo lo que Zabor esperaba de ella. También en este aspecto se revelaba una característica que sería determinante en su vida. Creía que a partir del siglo xx los seres humanos ya no dependían en realidad de la Naturaleza, sino al contrario, la Naturaleza dependía de los seres humanos. Sus dictados serían anulados, por una u otra razón, por los dictados de los hombres. De esto se desprende que la realidad auténtica es la realidad de la imaginación humana y también Emden es hasta cierto punto diferente de lo que parece, porque Yan Zabor la ve así.

Nacido y «abandonado a la Naturaleza defectuosa», Zabor estaba en el fondo conforme con todo: con el lugar de su nacimiento, la «elección» de sus padres y su desarrollo como niño y adolescente. Solo había una cosa con la que no podía estar de acuerdo: con el nombre que le habían dado. Del nombre de pila le disgustaba la rebuscada grafía: «Jan» habría sido más corriente y «Jann», como se llama el joven amante de la escritora de cabellos blancos, Marguerite Duras, más original. En cambio Yan, ¿qué significaba? El apellido Zabor se le antojaba demasiado abstracto, porque con él era imposible evocar algo vivo o material. Era, por así decirlo, un nombre sin antecedentes concretos, incluso cuando se jugaba con las letras, cambiando su orden. Además, sus iniciales correspondían a las dos últimas letras del alfabeto: Y. Z. ¿Significaba esto algo y, en caso afirmativo, qué? Suspicious como era, Zabor adivinaba tras esta casualidad una indicación de su destino: «¿Seré causante de mi desgracia o de la desgracia ajena?».

Al parecer, su apellido, analizado lingüísticamente, procedía del húngaro. Se ignora, sin embargo, si su padre tenía un antepasado húngaro. Al final Zabor inventó un nombre de repuesto

que en 1980 se hizo imprimir en broma en sus tarjetas de visita con el fin de tomar el pelo a ciertas personas. Se llamó a sí mismo «Iseppo Cantile», nombre que podía convenir a un gondolero veneciano del siglo XVIII pero no a un investigador naturalista de la Frisia oriental del siglo XX. «Precisamente porque me faltaba un nombre más expresivo —se dice que contestó a esto Zabor—, se me escatimó la vida que le hubiera correspondido (en mi caso, la de un gondolero de Venecia)». Sus padres, sus mujeres y sus amigos tenían que llamarle de otro modo, es decir, Jean-Jacques, lo cual interpretaban como una irónica alusión a Rousseau, el hombre que a diferencia de Zabor no predicaba el alejamiento de la Naturaleza, sino el regreso obediente a ella. Solo una cosa gustaba a Zabor aún menos que su nombre: ser fotografiado. Apenas existen fotografías suyas y esto en una época en que todo se plasmaba en imágenes.

Zabor amaba a sus padres y durante toda su vida mantuvo un estrecho contacto con ellos. El aislamiento en que vivía a causa de su separación de la Naturaleza y de cuantos vivían en comunión con ella, concedió aún más importancia a sus padres. Su madre, Franziska Schober, y su padre, Michael Zabor, se conocieron por casualidad en un tranvía de Munich en 1931. Se aparearon de él por separado en la misma parada y ambos echaron de menos sus paraguas. Subieron de nuevo al tranvía y se encontraron de pronto juntos ante un banco de madera sobre el que había un único paraguas olvidado. De modo característico, los dos afirmaron que era el suyo y ninguno se mostró dispuesto a ceder. Fuera, llovía a cántaros. Michael Zabor propuso en broma que, si no querían mojarse, se verían obligados a resguardarse bajo el mismo paraguas. Debió quedar asombrado cuando Franziska Schober se lo tomó al pie de la letra.

—Soy —observó más tarde Yan Zabor— la consecuencia de que alguien pierda en primer lugar su paraguas y después no sepa qué aspecto tenía. La lluvia, es decir, el tiempo at-

mosférico, reunió a mis padres y me ayudó a nacer. No puedo imaginarme nada más consecuente.

Después de un café y «mil cartas», su destino ulterior les condujo en 1932 a una oficina de registro civil de Berlín-Moabit, «a la sombra de los muros del correccional», como explicó más tarde Michael Zabor a su hijo Yan. Vivieron un año en Berlín y entonces abandonaron de mala gana la turbulenta capital del Reich para trasladarse a la ciudad provinciana, más tranquila, de la Frisia oriental. El día de su llegada a Emden ya pensaban con alegría anticipada en el día de la partida cuando, por lo menos de acuerdo con sus deseos, volverían a Berlín o, en su defecto, irían a Viena. También estos planes fracasarían a causa de la situación política de mediados de siglo, cuando los hombres se convirtieron en juguete de las dictaduras y las guerras.

La madre, nacida en 1909 en la Domgasse vienesa, cerca de la catedral de San Esteban, estaba muy vinculada a la dinastía musical de los Strauss. Su padre, Ferdinand Schober, había estudiado violín y después violoncelo, y en su juventud participó en la gira de conciertos por los Estados Unidos de América de la orquesta creada en 1844 por Johann Strauss y dirigida después por su hermano Eduard. Allí se disolvió para siempre, en 1901, y Ferdinand Schober tuvo que ganarse la vida en diversos teatros de Viena. En el teatro Raimund acompañó desde 1910, «con resignada desesperación» y durante años, el *Dreimäderlhaus* de Berté y Schubert. Entraba en cafés, sobre todo en el Sperl, y daba lecciones. Compartía el destino de numerosos instrumentalistas que dominaban demasiado bien su instrumento para elegir una de las llamadas profesiones burguesas, pero no tan bien como para iniciar una carrera musical de prestigio. Cuando aún iba a la escuela, el viejo Johann Strauss le llevó a una de sus operetas y le sentó en una silla entre bastidores para que percibiera desde muy cerca los tonos, palabras e imágenes. Esta experiencia le dio ánimos para probar suerte en la música.

Más adelante imitó esta idea de Johann Strauss y llevó consigo al teatro a su hija Franziska, que tenía seis hermanos. La sentó en un lugar del teatro mientras su padre tocaba en el foso de la orquesta. Pero esta vez el ejemplo no cundió. Después de todas las impresiones domésticas, Franziska prefirió evitar el escenario y el podio y dedicarse a la enseñanza. En cualquier caso, no llegaría muy lejos en su carrera, porque la empobrecida república no pudo ofrecerle ningún puesto docente fijo. Después de trabajar durante el invierno de 1931-1932 en una escuela del término municipal de Josefstadt, volvió en primavera a encontrarse en la calle junto con otros desempleados y decidió renunciar para siempre a la pedagogía.

Franziska Schober descubrió en sí misma intereses políticos a los que se consagró, llena de entusiasmo. Conmovida por escritos sobre la miseria del proletariado industrial, se afilió a un partido austríaco de los trabajadores en cuya central vienesa trabajó una temporada como secretaria y autora de un folleto sobre «Cultura obrera y poder político». En él proponía que los trabajadores tuvieran su propio teatro, orquesta y editorial. La tendencia de la época era dejar de lado las instituciones de la cultura burguesa para sustituirlas por las propias, siguiendo la tesis marxista de que había llegado el momento para el relevo de la clase dirigente. Franziska era una mujer frágil, de cabellos negros que llevaba recogidos en un moño alto. Tenía un rostro «visiblemente terco», como escribiría después Yan Zabor acerca de ella, y era probable que le sobrasen motivos para serlo. No le resultó fácil cambiar el urbanismo de Viena y después Berlín por el provincianismo de Emden. Sin embargo, aceptó este rápido cambio de escena por amor a Michael Zabor, dispuesta en su interior a hacer de nuevo las maletas el día menos pensado.

Su padre, Ferdinand Schober, parece haber llevado dentro de sí mismo algo de la predisposición que más tarde sería cualidad dominante en Yan Zabor. Pasaba las horas libres de su profesión de músico intentando desarrollar un violín que

en sonido y posibilidades de ejecución emulara como mínimo a los célebres instrumentos de Amati, Stradivari o Guarneri. Consideraba que la evolución del violín era todavía incompleta y experimentaba con otras formas, otras proporciones, otras medidas, y también con diversas maderas y lacas. Este trabajo, sin embargo, solo podía entusiasmar de verdad en el instante del descubrimiento, pues los instrumentos terminados sonaban de un modo mediocre e insuficiente. Schober ya pensaba en lo que medio siglo después realizaría el físico de Aquisgrán, Dünwald, a quien Yan Zabor encargaría un violín para su hijo en 1983. Dünwald registraba los datos físicos decisivos de centenares de violines tanto de fábrica como de artesanía con ayuda de métodos electrónicos, para «introducir» después los datos de los instrumentos más perfeccionados en violines corrientes. No obstante, Ferdinand Schober renunció, desengañado, al empeño de emular o superar a los grandes violeros del pasado. Quemó los instrumentos que había construido y solo quedó un violín inacabado que escondió su mujer. Más tarde Yan Zabor colgó la reliquia en su oficina muniquesa, sobre su mesa de trabajo. De vez en cuando pensaba también él en cómo podrían construirse violines de óptimas cualidades sonoras, pero el problema le pareció demasiado insignificante para enfrascarse en él pese a estar en la misma trayectoria en que veía su tarea: conquistar nuevos aspectos de la Naturaleza... por la fuerza, en caso necesario.

El padre de Yan, Michael Zabor, procedía de un ambiente no menos polifacético. Nacido a principios de siglo en una pequeña localidad de la provincia de Brandeburgo, creció en el Berlín imperial y después republicano. Su madre Katharina murió a las pocas semanas de su nacimiento por culpa de un accidente insólito sobre cuya interpretación no dejaba de especularse en el seno de la familia. Durante una visita a Berlín la llevaron a un pequeño circo que había levantado su carpa en Charlottenburg. Conocían su debilidad por los artistas de toda índole, quizá porque recordaba a los gitanos del bosque de Turingia con quienes

había viajado una temporada. En este pequeño circo había un equilibrista que invitó al público a dejarse llevar sobre sus hombros mientras pasaba la maroma. Nadie se ofreció, hasta que Katharina Zabor se levantó de repente y saltó a la pista ante el asombro de su marido, Richard. El público aplaudió este alarde de valor y observó muy tenso a Katharina trepar con el artista hasta la plataforma, donde él se la colocó sobre los hombros. Encantada, saludó con la mano a la concurrencia mientras el artista avanzaba con cuidado por la maroma guardando el equilibrio con su larga pértiga. El público se puso a aplaudir con ritmo, Katharina se balanceaba al compás, llena de alegría, el trío de la orquesta dio un toque de clarín... y el volatinero perdió el equilibrio. Un grito agudo y ambos se precipitaron al vacío, Katharina con tan mala suerte que se desnucó.

Su marido, el abuelo de Yan Zabor, se mudó a Berlín y más tarde, cuando su hijo Michael estudiaba en el Liceo Francés, a Kiel. Era ingeniero y trabajaba en un astillero donde se fabricaban armas y máquinas para la Marina de guerra. Sus inclinaciones pacifistas le indujeron a desarmar la espoleta de los torpedos en el control final, de modo imperceptible para todos, a fin de que resultaran inofensivos. Así pues, los torpederos disparaban a los buques enemigos con armas inservibles. Richard Zabor murió en la calle de un infarto a los cincuenta y seis años. Yan Zabor, que se le parecía físicamente, concluyó que había heredado la constitución física de su abuelo y temió estar en peligro de muerte a partir de los cincuenta años. Y lo estaba, en efecto, como el tiempo se encargaría de demostrar, pero por una razón completamente distinta.

Michael Zabor fue periodista en Berlín una vez terminados sus estudios. Aprendió en el *Vossischen Zeitung* y luego se trasladó a Ullstein, donde tuvo ocasión de obtener una entrevista con el matemático y filósofo inglés Bertrand Russell. Cuando Russell, con su peculiar sentido del humor, cambió los papeles de entrevistador y entrevistado y preguntó a Zabor

si prefería hacer carrera como reaccionario o como mártir socialista, Zabor optó por esto último. Russell observó que cada uno podía elegir su destino y convertirlo en realidad, siempre que se comportase bien, al menos tendencialmente. Cuando ofrecieron a Zabor una posición mejor remunerada en el *Emdener Zeitung* partió, «por una temporada», según creía, hacia la Frisia oriental. Como en Emden sucedían muy pocas cosas, Zabor ayudó a provocar historias que tenía deseos de escribir. Su periódico no solo se ocupaba del ayer sino, en cierto modo, del mañana, es decir, de acontecimientos cuya inminencia Zabor conocía porque participaría en ellos de forma decisiva. Así intentaba vencer el aburrimiento inevitable en la pequeña ciudad provinciana.

La verdad es que poco después su vida se vio sometida a una tensión y a unas presiones que hubiese preferido no conocer. Los nacionalsocialistas se habían hecho entretanto con el poder en Alemania y también en Emden la república de Weimar fue sustituida en enero de 1933 por la dictadura de Berlín. Los padres de Yan Zabor estaban del lado de los demócratas y no se avergonzaban de proclamarlo. A finales de 1932 defendió Michael Zabor en un mitin electoralista de los nacionalsocialistas los tratados de Versalles con los que había terminado la Primera Guerra Mundial, imponiendo a Alemania ciertas obligaciones. Un «camisa marrón» se acercó a él, le apuntó con la pistola y disparó. El arma falló, sin embargo, y Zabor se salvó del lance con unos cuantos golpes e insultos. Su aspecto era el mismo que Hitler deseaba ver en sus contemporáneos: rubio, alto y de ojos azules. Parecía tan ario como judíos los rasgos de la madre de Yan Zabor.

Michael Zabor escribió artículos en contra del inhumano sistema y un día leyó en un diario el aviso de que el periodista Zabor se exponía a ir a la cárcel por sus escritos. Aún gozaba de libertad, pero al director de su periódico le asustaba demasiado jugar con fuego y lo despidió. Michael Zabor se que-

dó sin trabajo, pero no tan indefenso como los intelectuales más conocidos de su tiempo, porque él poseía dotes para el comercio y la artesanía. Además de llevar la contabilidad de un comerciante de carbón, trabajó en el sector de metales y en la Navidad de 1933 vendió abetos con notable éxito. Casi todos los antifascistas le compraban, aprovechando la esperada ocasión de expresar su opinión sobre el régimen. Michael Zabor escribió a Walter Benjamin, exiliado en Niza, que ya en 1932 había tenido ideas suicidas y que conocía a Zabor de su época de Berlín, una carta para animarle: «Los efectos de la dictadura sobre literatos como nosotros están remitiendo bastante, sobre todo si se domina un oficio. Te aconsejo que aprendas ebanistería, sombrerería, carpintería o lo que sea, y podrás escribir en secreto todo cuanto quieras. ¡Recuerda a Spinoza!». Este consejo llegó demasiado tarde para Benjamin, que solo podía vivir de sus publicaciones o arruinarse.

Otro amigo de Michael Zabor quiso ayudarle a huir a los Países Bajos con su esposa y su hijo recién nacido, Yan. Sin embargo, decidieron quedarse. Michael Zabor no daba al ajueramiento nacionalsocialista más de siete años y estaba dispuesto a «invertir» durante este período, a pesar de que él y la madre de Yan eran vigilados constantemente por la policía política, sus cartas, censuradas y su teléfono, cortado. Les arrestaron varias veces para interrogarles sobre contactos con políticos o sindicalistas socialdemócratas de la clandestinidad y después volvían a soltarles. En 1934 recibieron ambos la prohibición de trabajar, por lo que se quedaron sin ingresos. En su buzón encontraban siempre una libra de carne, un cuarto de kilo de té, billetes de banco u otros regalos de primera necesidad, todo lo cual les permitió sobrevivir. Temían ser llevados un día a un campo de concentración como enemigos oficiales del régimen, pues ya tenían de ello un triste ejemplo en la familia: un cuñado de Michael Zabor era clarinetista en una orquesta sinfónica del sur de Alemania... y masón militante. Lo último que oyeron de él fueron unas escalas de clarinete procedentes de un

vagón detenido en la estación de mercancías de una ciudad de Alemania oriental que transportaba judíos a Auschwitz.

Para la vida de Yan Zabor, lo ocurrido después de su nacimiento no fue más determinante que los sucesos que lo precedieron en varios meses. Su madre le llevó en su seno durante la época más peligrosa para ella y su marido. En las entrañas de su madre hizo los caminos a las comisarías y a las casas de sus amigos fieles. Pasó hambre con ella, tuvo quizá miedo con ella y se asustó con ella cada vez que sonaba el timbre de la puerta. Las experiencias e impresiones de sus padres se grabaron tal vez en él como si de sus propias experiencias e impresiones se tratara. Desarrolló «un sexto sentido para el sufrimiento, la injusticia y la impotencia». Su voluntad apasionada y casi demoníaca de cambiar algo de este mundo (la Naturaleza) podría tener aquí una de sus causas. El terror sufrido por sus padres durante más de doce años se le comunicó de forma subterránea y nunca se libró completamente de él; ya adulto, le acometían una y otra vez temores y miedos que parecían carecer de fundamento.

Cuando nació Yan Zabor, sus padres comprobaron que la mitad izquierda de su cuerpo era de constitución más débil que la derecha. Se habría dicho que estaba corporalmente dividido en dos, como si su parte izquierda y su parte derecha llevaran una existencia física separada. Signo exterior de esta característica era la mano izquierda, que solo tenía tres dedos, y a estos tres dedos parecían corresponder mano, brazo, hombro y caja torácica, que aunque estaban tan bien formados y perfeccionados como las partes correspondientes del lado derecho, eran más delicados y ligeros.

Es posible que esta formación diferente de la mitad derecha e izquierda del cuerpo «continuara en la cabeza y en el alma», cualquiera que sea el significado de esta frase. En todo caso, su madre «trajo al mundo lo que podría llamarse dos mitades humanas que en lo sucesivo se esforzarían por convertirse en una sola». La idea preferida de Zabor, aunque reconocía su pe-

ligrosidad, era que el mundo consiste en dos partes. «Solo con un gran esfuerzo pueden mantenerse juntas y si la Naturaleza no corrige este defecto un día se separarán».

Zabor escribió más tarde sobre sus padres y sobre sí mismo: «Si hay veinte cualidades típicas de mi padre, de mi madre y de mí, yo he heredado ocho de mi madre y dos de mi padre, mientras las otras diez son nuevas. Las dos cualidades heredadas de mi padre pueden ser las determinantes: la terrible necesidad de ser original y el valor de pensar y actuar más allá de los criterios de mis coetáneos. Con esta ascendencia, yo no podría en modo alguno ser un mero consumidor del mundo, sin aportarle nada de importancia. Mi madre me ha legado el miedo a la soledad, el placer de la estética, la tenacidad para conseguir lo que imagino y otras cosas. Sin embargo, he preferido estar solo si así concebía una idea original o un proyecto utópico. El ímpetu paterno ha superado al materno».